

Viernes Santo

Dr. Justo L. González



Río Piedras Heights
Puerto Rico
1996

Viernes Santo

Primera palabra

Lucas 23:26-27, 32-38 (RVR 1960)

26 Y llevándole, tomaron a cierto Simón de Cirene, que venía del campo, y le pusieron encima la cruz para que la llevase tras Jesús. 27 Y le seguía gran multitud del pueblo, y de mujeres que lloraban y hacían lamentación por él.

[...]

32 Llevaban también con él a otros dos, que eran malhechores, para ser muertos. 33 Y cuando llegaron al lugar llamado de la Calavera, le crucificaron allí, y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. 34 Y Jesús decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. Y repartieron entre sí sus vestidos, echando suertes. 35 Y el pueblo estaba mirando; y aun los gobernantes se burlaban de él, diciendo: A otros salvó; sálvese a sí mismo, si este es el Cristo, el escogido de Dios. 36 Los soldados también le escarnecían, acercándose y presentándole vinagre, 37 y diciendo: Si tú eres el Rey de los judíos, sálvate a ti mismo. 38 Había también sobre él un título escrito con letras griegas, latinas y hebreas: ESTE ES EL REY DE LOS JUDÍOS.

Ya pasó la noche de la traición. Pasó la traición. Pero el dolor no pasa. Ni pasa la oscuridad. Es el día más oscuro en toda la historia de la humanidad. Día en que el creador de todo cuanto existe, aquel por quien todas las cosas fueran hechas, y sin quien nada de lo que ha sido hecho fue hecho, «a lo suyo vino, los suyos no le recibieron». Día tan oscuro que ni el sol ardiente de una tarde jerosolimitana alcanza a disipar las tinieblas.

Es el día de la crucifixión. Es el día de la corona de espinas. Es el día de los clavos, y de la lanza al costado. Lucas el evangelista nos lo cuenta con una sola palabra que suena a golpes de martillo: «Y cuando llegaron al lugar llamado de la Calavera, le **cru-ci-fi-ca-ron** allí».

Góngora el poeta lo cuenta con más detalles:

En cuatro llagas se llaga
el cuerpo del Redentor;
Cuatro claveles de púrpura
que mueven a compasión ...
cuatro fuentes que derraman
en terrible borbotón
la sangre de aquellas venas
que mi pecado tronchó;
cuatro boquetes de espanto
que están tragándose al sol;
cuatro ríos de corales
por cuatro cauces de amor.

Es el día aciago en que la misma humanidad que antes extendió la mano para tomar del fruto prohibido del árbol del Edén la extiende otra vez para rechazar el fruto prometido del árbol de la cruz.

Es el día triste en los discípulos huyen, la madre llora, y los ángeles se callan.

Ahora, por fin, Jesús abre la boca para hablar. La Palabra eterna de cuya boca saltaron las estrellas y brotaron los mares. La Palabra que vino a lo suyo a los suyos no le recibieron, va a hablar. Por un instante, tiemblan los burladores. Por un instante, detienen su juego los soldados.

Y desde lo alto de la cruz, coronada de espinas, habló la Palabra y dijo: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen».

A los que me crucifican, Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.

A los que se burlan, Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.

A los que echan suertes sobre mis vestiduras, Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.

A los que huyeron y están mirando desde lejos, Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.

A los que en siglos venideros se olvidarán de este día, Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.

A los que me negarán, a los que huirán, a los que se dejarán llevar por las corrientes del momento, Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.

A esa iglesia que me canta himnos y luego se olvida del prójimo, Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.

A ese Justo González que me predica pero no siempre me obedece, Padre, perdónalo, porque no sabe lo que hace.

Como diría el poeta Ángel Lázaro,

Ese mano que sangra de un precioso venero
es la mano más pura que jamás se haya visto.
Si le quitan el clavo que la clava al madero,
¡todavía perdona, esa mano de Cristo!

Ese mano, yo no sé qué hay en ella,
que se muere, ¡y le canta en las venas la vida!
Yo no sé por qué el clavo me parece una estrella.
¡Sólo sé que al mirarla se ha sanado mi herida!

Segunda palabra

Lucas 23:39-43 (RVR 1960)

39 Y uno de los malhechores que estaban colgados le injuriaba, diciendo: Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros. 40 Respondiendo el otro, le reprendió, diciendo: ¿Ni aun temes tú a Dios, estando en la misma condenación? 41 Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; mas este ningún mal hizo. 42 Y dijo a Jesús: Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino. 43 Entonces Jesús le dijo: De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso.

Un himno bien conocido, favorito de varias generaciones, dice que «en el Monte Calvario estaba una cruz, emblema de afrenta y dolor». Pero lo cierto es que en el Monte Calvario no había una, sino tres cruces, todas ellas emblemas de afrenta y dolor. El evangelista nos lo dice claramente: «le crucificaron allí, y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda».

El Monte Calvario es el escenario en que se desdobra un gran drama cósmico. Es un drama con dimensiones verticales que alcanzan desde los más recónditos ámbitos del averno hasta el

trono mismo de Dios; un drama que culmina, no cuando se cierra el telón, sino cuando se abre, cuando el velo del Templo se rasga en dos, cuando se corre la cortina y vemos los cielos abiertos, y el camino expedito que lleva a la vida eterna.

Pero es también un drama cuyas dimensiones cósmicas se extienden en lo horizontal. Jesús no cuelga solo en el Calvario. Cuelga entre otros dos reos de muerte. La cruz de Jesús no se alza al cielo en esplendor solitario. Se alza entre otras dos cruces. Se alza en medio de los muchos millares de cruces, antes y después de la de Jesús, en las que el Imperio Romano colgó a sus enemigos. Se alza entre los millares de patíbulos, y de horcas, y de guillotinas, y de sillas eléctricas, y de paredones, con que las sociedades humanas se han deshecho y se deshacen de sus criminales, de sus subversivos, de sus elementos indeseables, de los desajustados, de los inconvenientes.

Cuando la veo allí, en medio de otras dos cruces, se me antoja pensar en la cruz de Jesús como una saeta lanzada desde el cielo, que viene a injertarse en medio de las cruces humanas. Y no solamente las cruces de los malhechores, sino todas las cruces de que está llena la vida humana.

En el monte Calvario había tres cruces, emblemas de afrenta y dolor. Y en los montes y los valles de hoy hay también muchas cruces. Hay las cruces públicas de quienes llevan estigmas sociales. Hay las cruces reconocidas de la enfermedad física y la miseria material. Hay las cruces privadas

de la duda y la angustia, de la falta de amor, de la inseguridad. Hay tantas cruces, que casi podría decirse que la vida es sufrimiento. Tan es así, que nadie está exento de sus cruces, y todos nosotros, en nuestros más oscuros momentos, podemos entender la amargura de Amado Nervo:

Mi vida es un erial.
Flor que toco se deshoja,
que en mi camino fatal
alguien va sembrando el mal
para que yo lo recoja.

Pero, si bien nadie está exento, sí hay dos modos de responder a las cruces.

Uno de ellos es el de la maldición y la amargura. Nos dice Lucas «uno de los malhechores que estaban colgados le injuriaba, diciendo: ‘si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros’». Un modo de olvidarse de la cruz propia es injuriar a los demás, buscarles causas a sus cruces, echarles culpas. Así, muchos de los que hoy les buscan causa a los sufrimientos de los demás, posiblemente lo hacen porque no quieren ni pueden enfrentarse a sus propias cruces y a sus propias culpas. Estos son quienes usan sus cruces como excusa para crear otras cruces, quienes hacen de sus sufrimientos razón para hacer sufrir a otros, quienes cumplen aquel viejo refrán que dice «mal de muchos, consuelo de necios».

El otro modo de enfrentarse a las cruces de la vida es poner nuestros sufrimientos ante la cruz que está al centro de todas las cruces. Así, nos dice Lucas que «Respondiendo el otro le reprendió», y que le dijo a Jesús, «Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino». Y Jesús le dijo:

«De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso». El ladrón que supo llevar sus sufrimientos al pie de la cruz recibió promesa de alivio y salvación.

Los eruditos bíblicos nos dicen que no se sabe a ciencia cierta qué es lo que habían hecho estos malhechores crucificados juntamente con Jesús. Quizá eran bandidos comunes. Quizá eran patriotas guerrilleros que peleaban contra el Imperio Romano. Quizá eran personas que se vieron imposibilitadas de pagar sus impuestos, y no les quedó más remedio que huir al monte, para vivir como fugitivos hasta que las autoridades pudieran atraparlos. Quizá eran sencillamente ladrones. Quizá habían robado por necesidad suya o de sus familiares. Todas esas circunstancias eran comunes en la época. Pero el hecho es que no sabemos. Y así es como debería ser, pues lo importante no es por qué sufren, sino el hecho de que sufren.

La cruz de Jesús se injerta entre esas dos cruces sin preguntarse si los que sufren son dignos o no. No como algunos cristianos que se excusan de tener compasión con los enfermos de SIDA diciendo que «se lo buscaron»; ni como otros cristianos que andan en busca de los «pobres que son dignos de ayuda», cuando en realidad lo que quieren decir es que la mayoría de los pobres son responsables de su propia pobreza y dolor, y que por tanto no tenemos por qué mostrarles compasión.

En el Monte Calvario había tres cruces, emblema de afrenta y dolor, y no puedo acercarme a la del centro sin acercarme también a las otras. En el Monte Calvario tuvo lugar y sigue teniendo

lugar un gran drama cósmico, en el que se abre la cortina de la eternidad y vemos expedito el camino al paraíso. Pero ni siquiera Jesús entró solo al paraíso, sino que entró llevando consigo al ladrón arrepentido. Y no nos engañemos: al paraíso no se puede entrar solo. El camino al paraíso es camino que no podemos transitar solos. Tampoco es camino que podamos transitar sin otra compañía que quienes nos gustan y nos caen bien. Es camino que Jesús transitó llevando consigo al ladrón arrepentido. Es camino que solamente podremos transitar si, a cuantos cuelgan en cruces a la vera del camino, les tomamos de la mano y les decimos, «ven, ven conmigo al paraíso de Dios».

Tercera palabra

Juan 19:25-27 (RVR 1960)

25 Estaban junto a la cruz de Jesús su madre, y la hermana de su madre, María mujer de Cleofas, y María Magdalena. 26 Cuando vio Jesús a su madre, y al discípulo a quien él amaba, que estaba presente, dijo a su madre: Mujer, he ahí tu hijo. 27 Después dijo al discípulo: He ahí tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa.

Desde lo alto de ese doloroso mirador que es la cruz, Jesús sigue mirando en torno suyo. Miró primero a los que le crucificaban, y a quienes a través de las edades le crucificarían, y dijo: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen». Miró a los que sufrían cuenta muerte de cruz, y a quienes tras ellos llevaríamos diversas cruces, y al ladrón arrepentido le dijo: «De cierto te digo, que hoy estarás conmigo en el paraíso». Y mira ahora al pie de la cruz, donde un pequeño núcleo de sus más fieles discípulos le acompaña hasta el último momento. Como sucede tan frecuentemente en las iglesias hasta el día de hoy, entre el grupo de los discípulos

fieles, firmes y valientes hay tres mujeres y un varón.

En todo caso, allí, en aquel pequeño grupo, hay dos personas que quedan particularmente solas: Su madre, María. La misma que le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre. La misma que, siendo Jesús joven, y viendo cómo crecía, «guardaba todas estas cosas en su corazón». La misma que un día vino a verle y le oyó decir: «mi madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de Dios, y la hacen».

Describiendo aquella escena, escribió un poeta del siglo XV, en el español de aquellos días, el lamento de María:

¡Ay dolor, dolor,
por mi fijo y mi Señor!
Yo soy aquella María
del linaje de David;
oíd, señores, oíd,
la gran desventura mía.
¡Ay dolor!

A mí dixo Gabriel
que el Señor era conmigo,
y dexóme sin abrigo,
amarga más que la hiel.
Díxome que era bendita
entre todas las nacidas,
y soy de las aflixidas
la más triste y más aflicta.
¡Ay dolor!

¡O vos, hombres que transistes
por la vía mundanal,
decidme si jamás vistas
igual dolor de mi mal!



Y vosotras que tenéis
padre, hijos y maridos,
acorredme con gemidos
si con llantos no podéis.
¡Ay dolor!

Llorad conmigo, casadas,
llorad conmigo, doncellas
pues que vedes las estrellas
escuras y demudadas,
vedes el templo rotpido,
la luna sin claridad;
¡Llorad conmigo, llorad
un dolor tan dolorido!
¡Ay dolor!

Y está también Juan, posiblemente el más joven de los discípulos, el que desde el principio del ministerio de Jesús había dejado su barca y a su padre Zebedeo.

En sus labios pone Manrique también otro gemido:

¡Ay dolor, dolor,
por mi amigo y mi Señor!
Yo soy aquel que dormí
en el regazo sagrado,
y grandes secretos vi
en los cielos sublimado.
Yo soy Juan, aquel privado
de mi Señor y mi amigo;
Yo soy el triste que gimo
con un dolor estremado.
¡Ay dolor!

Y nos cuenta el Evangelio que «cuando vio Jesús a su madre, y al discípulo a quien él amaba, que estaba presente, dijo a su madre: ‘Mujer, he ahí tu hijo’. Después dijo al discípulo, ‘He ahí tu

madre'».

Mucho se ha escrito sobre estas palabras. Hay largas disertaciones que tratan de probar que esto quiere decir que María tiene un lugar especial en el cielo, y que por tanto puede interceder por los creyentes. Hay otras disertaciones, igualmente largas, que tratan de probar todo lo contrario. Es triste pensar que, frente a la cruenta realidad de la cruz, los cristianos tomen la ocasión para sus debates teológicos. Jesús cuelga de la cruz. La madre sufre. Junta a ella, el discípulo amado sufre y llora con ella. Las otras dos mujeres tratan de consolarles de consolarse. ¡Y nosotros tomamos la ocasión para ver quién tiene razón! ¡Perdónanos, Padre, porque no sabemos lo que hacemos!

Quizá lo que nos corresponde sea pensar de otra manera: pensar que en estas palabras y estos acontecimientos en torno a la cruz Dios no nos está dando municiones para el debate teológico, ni siquiera misterios que tratar de interpretar, sino un ejemplo que seguir.

Jesús mira al remanente de sus discípulos. Los demás han huido. Uno le traicionó. Otro le negó. Este grupito es lo que queda de la iglesia. Estos son los que han de dar testimonio de él; los que han de continuar su ministerio; algunos de los que primero sabrán de su resurrección. Esta es la iglesia. Esta es su comunidad.

En medio de esa comunidad hay dolor y hay necesidad. Hay una madre que queda sin hijo. Hay

un joven que queda solo y sin maestro. Viendo esas necesidades, y viendo el dolor profundo, la soledad terrible, que amenaza a cada uno, Jesús les dice: «Mujer, he ahí tu hijo»; y al discípulo: «He ahí tu madre».

No es cuestión de doctrinas mariológicas ni de debates teológicos. Es cuestión, simple y llanamente, de una madre que queda sin hijo, y de una comunidad en la que cuando un miembro se duele, todos los miembros se duelen a una.

Han pasado los siglos, y aquel grupito se ha vuelto una multitud. Pero todavía, y en números espantosos, hay madres sin hijos e hijos sin madres ni padres. Hay las madres que pierden sus hijos a las drogas, a la violencia, a la guerra, al vicio, a las cárceles. Hay los hijos que pierden madres y padres a la violencia, particularmente a la violencia doméstica, particularmente a la violencia doméstica, al alcohol, a las drogas, a los hogares deshechos. Hay personas que viven solas, no porque quieren, sino sencillamente porque están solas y faltas de cariño y atención. Y hay personas que ni siquiera tienen donde vivir, ni solas ni acompañadas.

Muchos nos jactamos de vivir al pie de la cruz. Pero vivir al pie de la cruz es ser una comunidad que, como aquella de antaño, escuche y obedezca las palabras de Jesús: «Mujer, he ahí tu hijo». Vivir al pie de la cruz es ser una comunidad donde no haya madres sin hijos, ni hijos sin padres, ni solitarios sin compañía, ni hambrientos sin comida, ni desnudos sin abrigo.

Porque desde lo alto de esa cruz, Jesús nos sigue diciendo a unos y otras: Mujer, he ahí tu hijo; hombre, he ahí tu hija; hija, he ahí tu madre; hijo he ahí tu madre.

Cuarta palabra

Juan 19:28-29 (RVR 1960)

28 Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba consumado, dijo, para que la Escritura se cumpliese: Tengo sed. 29 Y estaba allí una vasija llena de vinagre; entonces ellos empaparon en vinagre una esponja, y poniéndola en un hisopo, se la acercaron a la boca.

Hasta aquí hemos visto a Jesús mirando desde la cruz. Pero la cruz no es sólo mirador. La cruz es también aunque en el que el sol da golpes como de martillo. El ciego sol reverbera en las duras peñas del Calvario, y se quiebra en las puntas de las lanzas. «El ciego sol, la sed y la fatiga». Desde la cruz, abandonado de los suyos, polvo, sudor y sangre, Jesús clama: «Tengo sed».

Decíamos antes que lo que está teniendo lugar allí en el Calvario es el drama de las edades.

Pero no es drama en el sentido de ser falso, de ser teatro. Es drama porque toca lo más profundo de nuestras fibras humanas. Y, ¿quién no sabe cuán hondo cala la sed? Aparte de la falta de aire, la sed es la más urgente y la más angustiosa de las necesidades humanas. Sin comida, una persona saludable puede sobrevivir varios días, y hasta semanas; pero sin agua, sólo unas pocas horas. La sed vuelve locos a los que se pierden en los desiertos. Por sed los marineros que no tienen agua que beber se tiran al mar a beber agua salada, aun sabiendo que les costará la vida. La sed es una de esas experiencias que todos tenemos varias veces al día,

pero que también pueden llegar a casos extremos de dolor y de angustia.

Pues bien, nos dice la Biblia que Jesús tuvo sed. Tuvo la sed normal que tenemos todos los humanos varias veces al día cuando, junto al pozo de Samaria, le pidió a la mujer agua de beber. Y tuvo la sed angustiosa de quien se calcina y desangra al sol cuando, colgando de la cruz, clamó, «sed tengo».

«Sed tengo» es el grito atormentado que muestra que quien cuelga de aquella cruz, con todo y ser Verbo encarnado, Palabra eterna que pronunció la creación de todas las cosas al principio de los tiempos, es también ser humano como cualquiera de nosotros, ser de carne y hueso, ser que necesita comida y bebida, ser capaz de sufrir hambre y sed.

Pero «sed tengo» es también un grito desgarrado que nos acerca a la insólita paradoja que constituye el centro mismo del drama de la cruz: El manantial que salta para vida eterna tuvo sed. La Palabra que al principio separó las aguas que estaban sobre la expansión de las que estaban debajo de la expansión, la Palabra que hace que llueva sobre buenos y malos, la Palabra que da el rocío mañanero y la lluvia vespertina, ¡la Palabra tuvo sed! La Palabra tuvo sed por mí. La Palabra tuvo sed por ti. Y no solamente sed espiritual, sino sed material, sed de la que agrieta los labios, de la que hincha la lengua, de la que quema la garganta.

Es al contemplar esa paradoja que entendemos el sentir del famoso poema:

No me mueve, mi Dios, para quererte,
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor; muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido;
muéveme ver tu cuerpo tan herido;
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Pero si es cierto que nos mueve ver a Jesús clamando sediento desde una cruz hace veinte siglos, ¿cómo no ha de movernos verle sediento todavía? Y sediento Jesús está.

No olvidemos que quien pende de esa cruz es el mismo que les anunció a sus discípulos que

Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de él todas las naciones; y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos. ... Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber.... Entonces los justos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos, o sediento, y te dimos de beber? ... Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis.

«Sed tengo», clamó Jesús desde la cruz. Y en el sediento que hoy nos pide un vaso de agua, clama otra vez Jesús, «sed tengo». «Sed tengo», nos grita en ese niño desnutrido y deshidratado que vemos en las noticias. «Sed tengo», en el alcohólico que sólo sabe satisfacer su sed haciéndose daño. «Sed tengo», en cuantos necesitados a nuestro derredor ansían un vaso de agua, una sonrisa, una mano de ayuda, una palabra de amor, una acción de justicia, una

voz de esperanza.

«Sed tengo», clamó Jesús, y los soldados le dieron vinagre.

«Sed tengo», sigue clamando Jesús. Y nosotros ¿qué le daremos?

Quinta palabra

Mateo 27:45-47 (RVR 1960)

Y desde la hora sexta hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena. Cerca de la hora novena, Jesús clamó a gran voz, diciendo: Elí, Elí, ¿lama sabactani? Esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? Algunos de los que estaban allí decían, al oírlo: A Elías llama este.

De todas las palabras de Jesús desde la cruz, ésta es la que más dificultad nos causa a los cristianos. Podemos entender que Jesús pidiera perdón por los que le crucificaban, aunque no estemos dispuestos a perdonar a nuestros enemigos. Podemos entender que Jesús se ocupara de su madre, aunque no estemos dispuestos a ocuparnos de las madres que hoy pierden a sus hijos. Podemos entender que Jesús tuviera sed, aunque no estemos dispuestos a saciar la sed de Jesús en los sedientos de hoy. Pero lo que se nos hace difícil de entender y de aceptar es esto de que Jesús clamara desde la cruz: “Señor, Señor, ¿por qué me has desamparado?”.

Se nos hace tan difícil, que lo que hacemos es buscar subterfugios para convencernos de que no fue eso lo que quiso decir. Así decimos, por ejemplo, que Jesús estaba recitando el Salmo 22, y

que el hecho de que en la hora de la suprema angustia Jesús utilizara las Escrituras es ejemplo que debemos seguir.

Y eso es cierto. Pero lo que también es cierto es que el Salmo 22 es un salmo de fe en medio de la desesperación. No es un salmo que dice que la fe quite la desesperación, o que la fe resuelva el sentimiento de abandono. Al contrario, es una protesta en la que el salmista le reclama a Dios:

El salmista empieza declarando no sólo su desesperación, sino también su reclamo a un Dios que parece no responder:

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?
¿Por qué estás tan lejos de mi salvación, y de las palabras de mi clamor?
Dios mío, clamo de día, y no respondes.
Y de noche, y no hay para mí reposo.

En medio de esa situación de desesperación, y sin negarla, el salmista afirma su fe: fe en Dios porque es santo. Y afirma también su reclamo a Dios, quien hizo un pacto con sus antepasados y lo cumplió, y ahora no parece cumplir el pacto con el salmista:

Pero tú eres santo,
Tú que habitas entre las alabanzas de Israel.
En ti esperaron nuestros padres;
esperaron, y tú los libraste.
Clamaron a ti, y fueron librados;
confiaron en ti, y no fueron avergonzados.
Mas yo soy gusano, y no hombre;
oprobio de los hombres, y despreciado del pueblo.
Todos los que me ven me escarnecen;
estiran la boca, menean la cabeza, diciendo:
Se encomendó a Jehová; líbrele él;

sálvele, puesto que en él se complacía.

El salmista le reclama a Dios su derecho a confiar en la protección divina, y el hecho de que esa protección no aparece por ninguna parte:

Pero tú eres el que me sacó del vientre;
el que me hizo estar confiado desde que estaba a los pechos de mi madre.
Sobre ti fui echado desde antes de nacer;
desde el vientre de mi madre, tú eres mi Dios.
No te alejes de mí, porque la angustia está cerca;
porque no hay quien ayude.
Me han rodeado muchos toros;
fuertes toros de Basán me han cercado.
Abrieron sobre mí su boca
como león rapaz y rugiente.
He sido derramado como aguas,
y todos mis huesos se descoyuntaron;
mi corazón fue como cera,
derritiéndose en medio de mis entrañas.
Como un tiesto se secó mi vigor,
y mi lengua se pegó a mi paladar,
y me has puesto en el polvo de la muerte.
Porque perros me han rodeado;
me ha cercado cuadrilla de malignos;
horadaron mis manos y mis pies.
Contar puedo todos mis huesos;
Entretanto, ellos me miran y me observan.
Repartieron entre sí mis vestidos,
y sobre mi ropa echaron suertes.

Y entonces, en medio de tan aguda desesperación, el salmista clama a Jehová, esperanzado todavía contra toda esperanza:

Mas tú, Jehová, no te alejes;
Fortalez mía, apresúrate a socorrerme.

Todo ese salmo ilustra una dimensión de la fe bíblica que a menudo olvidamos: La fe bíblica es tan profunda, tan real, que hasta se atreve a confesar sus desesperación, su falta de aliento, su

angustia. La fe bíblica, precisamente porque confía en Dios, es fe que se atreve a expresar su duda, su desconfianza, su soledad.

Esto es algo que a los cristianos frecuentemente se nos olvida. Decimos que Dios es nuestro Padre. Pero si de veras vemos a Dios como Padre, eso quiere decir que podemos tener, no sólo confianza en él, sino también confianza con él. Cuando yo era niño, precisamente porque confiaba en el amor de mis padres, me atrevía a decirles cuando no estaba de acuerdo con ellos, cuando algo que mi madre había dicho me molestaba, o cuando me parecía que mi padre no era justo conmigo. Por lo general, eran ellos quienes tenían razón, y a la larga llegaba yo a comprenderlo. Pero ése no es el punto importante. El punto importante es que, precisamente porque confiaba en ellos, yo me atrevía a cuestionarles, a confrontarles, a expresarles mis dudas.

Eso es lo que hace el salmista. El salmista, precisamente porque sabe que fue Dios quien le sacó del vientre de su madre, porque sabe que fue Dios quien le cuidó cuando era un niño de pecho, y porque sabe que a través de las edades Dios ha guardado su pacto con Israel, se atreve a expresar su angustia y desolación: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”.

No nos engañemos. La fe más fuerte y profunda no es la que acepta todo sin cuestionarlo, sino la que se siente y se sabe tan amada de Dios que se atreve a confesar su sentido de soledad.

Para atreverse a protestar porque Dios se ha alejado, como lo hace el salmista, hay que estar muy cerca de Dios. Para calmar en medio de la desesperación, hay que saber que nuestra única esperanza está en Dios.

Luego, el clamor de Jesús desde la cruz no es falta de fe, sino todo lo contrario. Es ejemplo supremo de fe. Es ejemplo de una fe que se atreve a esperar en Dios aun en medio de la más profunda desesperación; de una fe que está tan cerca de Dios que se atreve a reclamarle a Dios que se ha alejado.

Pero esto no quita la dificultad del pasaje. Mateo nos dice que en medio de aquella tarde oscura, cuando hasta el sol se había ocultado, Jesús protestó que hasta Dios había ocultado su rostro.

Y aquí llegamos al meollo de esa inescrutable paradoja de que hablábamos al tratar sobre la sed del Señor: el Verbo que era al principio con Dios, el Verbo que era Dios, clama ahora que Dios le ha abandonado.

El misterio de cómo esto pueda ser es inexplicable. Es tan inexplicable, que quien trate de explicarlo sencillamente lo abarata. Pero lo que está claro es que el sufrimiento de Jesús es real; que es tan real como cualquier sufrimiento humano. En la cruz, Jesús muestra la misma perplejidad, la misma agonía, de la madre que ha perdido a su hijo y se atreve a decir: “Dios

mío, ¿por qué?”. La cruz no es teatro. No es una agonía que de algún modo se alivia porque Jesús se sabe Hijo de Dios que ha de resucitar. Es una agonía cruda y desnuda, como la peor de las agonías humanas. Y es precisamente por eso, porque Jesús no se libró a sí mismo de ninguna de las angustias del dolor humano, que la cruz es redención para toda angustia y dolor humano.

Sexta palabra

Juan 19:30a (RVR 1960)

Cuando Jesús hubo tomado el vinagre, dijo: Consumado es. Y habiendo inclinado la cabeza, entregó el espíritu.

Desde aquel alto mirador que es la cruz, Jesús mira otra vez. Primero había mirado alrededor suyo, a los que le crucificaban, a su madre, y su discípulo, a los ladrones crucificados juntamente con él. Luego se miró a sí mismo, y clamó de sed. Hace un momento le vimos mirando al cielo, y clamando su angustia. Ahora le vemos mirando hacia los tiempos idos, hacia el modo en que Dios ha traído a la humanidad hasta este punto, hacia los propósitos eternos de Dios.

Podríamos así decir que en las tres primeras palabras la cruz es mirador de compasión. Jesús mira en derredor suyo y se compadece de los que le crucifican, de su madre y su discípulo, del ladrón arrepentido. En las próximas dos palabras la cruz es mirador de sufrimiento o de pasión. Sufrimiento del cuerpo: sed tengo. Y sufrimiento del alma: Señor, Señor, ¿Por qué me has desamparado?

Y ahora en esta sexta palabra la cruz es mirador de eternidad. Por fin, desde aquella cruz, Jesús puede mirar al drama de los siglos y exclamar. ¡Consumado es!

Consumado es. El drama cósmico que empezó cuando la Palabra eterna de Dios dijo «sea la luz» llega ahora a su desenlace cuando la misma Palabra dice «consumado es».

Consumado es. Al principio, dijo la Palabra, «sea la luz», y colgó en el cielo lumbreras, el sol para que alumbrase de día, y la luna para que iluminase la noche. Y ahora, cuando la Palabra dice «consumado es», el sol se oscurece; y, aunque es como si fuera de noche, la luna tampoco brilla.

Consumado es. Todo ese largo camino que la humanidad ha seguido desde que fue expulsada del jardín de la bienaventuranza; todas esas idas y venidas, todas esas vueltas y revueltas, llegan ahora a su fin, porque el Camino, el único camino de vida, cuelga en la cruz, con los brazos abiertos porque es Camino abierto a todos los mortales.

Decía el poeta, en líneas que nos gusta citar frecuentemente en otros contextos: «Caminante, no hay camino: se hace camino al andar».

Pero lo cierto es que sí hay camino. Hay un solo Camino. Hay el Camino que es consumación de todos los caminos. Y ese Camino, con los brazos abiertos en la cruz, dice: «consumado es».

Consumado es. Todas esas dudas, toda esa búsqueda que la humanidad ha seguido, siempre en pos de la verdad, sin saber dónde está ni qué es la verdad, llegan ahora a su consumación.

«¿Qué es la verdad?», le preguntó Poncio Pilato a Jesús.

Y el poeta escéptico dijo:

Filósofos que en el mundo
Buscáis lo cierto, ¡apartad!
Si existe, está la verdad
Dentro de un pozo profundo.

Pero lo cierto es que sí hay verdad, y que la verdad no está ni bajo un pozo profundo ni al fin de una larga búsqueda filosófica o intelectual. La Verdad, la Verdad eterna de la cual cuelgan todas las otras verdades, cuelga de la cruz. Y desde la cruz dice: «consumado es».

Consumado es. Esta vida que no parece tener sentido, porque no es sino marcha hacia la muerte, encuentra por fin su meta y su propósito. Consumado es. Así como la muerte entró por el árbol de la desobediencia, así entra la vida por el árbol de la cruz. Consumado es. Así como de la roca de Horeb brotó agua para darle vida al pueblo de Israel, así de la Roca de la Eternidad brota agua y sangre para darle vida eterna al pueblo de Dios.

Consumado es, porque de aquel patíbulo, instrumento de muerte, cuelga la Vida. Consumado es, porque aunque parezca que la vida se muere, es la muerte la que ha de morir gracias a esa cruz y gracias a ese momento.

Consumado es, porque quien cuelga de aquella cruz es el único que puede decir, «Yo soy el camino, la verdad, y la vida».

Consumado es. Consumadas y cumplidas son las promesas de los profetas, las esperanzas de los antiguos, los anuncios de los ángeles, la visión de los magos, las agonías del Getsemaní, los dolores de la cruz. Consumado es.

Y, porque desde la cruz Jesús pudo decir «consumado es», consumadas son también nuestras esperanzas, nuestras agonías, nuestros dolores. Nuestra vida está completa. No tenemos que completarla nosotros. Como dice el Apóstol, nuestra vida está escondida con Cristo en Dios; y cuando Cristo, nuestra vida, se manifestare, entonces nosotros también seremos manifestados con él en gloria. Lo que Cristo consumó en la cruz fue el cumplimiento de los planes de Dios. Y fue también el cumplimiento de nuestras vidas individuales. Porque Jesús desde la cruz dijo «consumado es», consumada es también mi vida, de modo que ya no tengo que vivir angustiado sobre si he hecho o no lo que debería haber hecho, si he completado y consumado lo que Dios me puso por delante. Mi vida está completa, sea que viva mil años o cinco segundos. Está completa; está consumada, porque mi Señor, quien por mí colgó del madero, dijo por sí y por mí también dijo: «consumado es».

Séptima palabra

Lucas 23:44-49 (RVR 1960)

Cuando era como la hora sexta, hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena. Y el sol se oscureció, y el velo del templo se rasgó por la mitad. Entonces Jesús, clamando a gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho esto, expiró. Cuando el centurión vio lo que había acontecido, dio gloria a Dios, diciendo: Verdaderamente este hombre era justo. Y toda la multitud de los que estaban presentes en este espectáculo, viendo lo que había acontecido, se volvían golpeándose el pecho. Pero todos sus conocidos, y las mujeres que le habían seguido desde Galilea, estaban lejos mirando estas cosas.

Ya todo se ha cumplido. Cumplidos están los dolores de la cruz. Cumplidas las angustias del Getsemaní. Cumplidos los propósitos eternos de Dios. Sólo resta ahora el paso final: deslizarse hacia los abismos impenetrables de la muerte. Y al dar ese paso final, Jesús dice: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu».

«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» es señal de que ya todo está hecho. No queda más por hacer. Ya ha llegado la hora de la muerte, y lo único que resta es entregarse a ella sabiendo que aun allí Dios es todopoderoso.

Pero «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» es también la culminación de toda una vida vivida encomendada a las manos de Dios. «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» es la contraparte de «Padre, si es posible, pasa de mí esta copa; mas no como yo quiero, sino como tú».

«Padre, en tus manos» no es solamente un modo de morir, sino también un modo de vivir. En el desierto, Jesús fue tentado y dijo «Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás», que es otro

modo de decir, «Padre, en tus manos». Cuando llegó la hora, nos dice el evangelista que Jesús afirmó su rostro para ir a Jerusalén—lo cual es otro modo de decir, «Padre, en tus manos». Sentado a la mesa con sus discípulos, Jesús tomó pan y oró sobre él—lo cual es otro modo de decir, «Padre, en tus manos».

«Padre, en tus manos». ¡Cuán distinta sería nuestra vida si viviéramos cada día con esa oración a flor de labios! ¡Cuán diferente sería mi predicación si cada vez que empezara a pensar en un sermón dijera, y dijera desde lo más profundo de mi ser: «Padre, en tus manos»! ¡Cuán diferente sería la vida de la iglesia si en cada reunión cada uno de los presentes, y todos juntamente, dijeran de todo corazón, «Padre, en tus manos»! Cuán diferente sería la sociedad si cada madre, al tomar un hijo en sus brazos, dijera, «Padre, en tus manos»; si cada campesino, al sembrar una semilla, dijera, «Padre, en tus manos»; si cada profesor al acercarse a un discípulo dijera, «Padre, en tus manos»; y cada albañil al colocar un ladrillo, y cada médico al auscultar un pecho, y cada político al abrir la boca, y cada periodista al empezar a escribir: «Padre, en tus manos».

«Padre, en tus manos» es anuncio del Reino de Dios; porque eso es el Reino: el mundo entero, la sociedad toda, la creación completa, en las manos de Dios.

Y así, con su última palabra desde la cruz, la Palabra eterna de Dios nos da una palabra para la vida cotidiana: «Padre, en tus manos». Porque aunque éstas sean las últimas palabras de Jesús

desde la cruz son también las primeras palabras del discipulado cristiano. «Padre, en tus manos» son palabras aptas para el momento de la muerte. Pero «Padre, en tus manos» son también palabras aptas para cada momento de la vida. Son las palabras que comienzan el discipulado cristiano, cuando un día, aplastados por el peso de nuestro pecado, sobrecogidos por el amor de Dios, decimos por fin: «Padre, en tus manos». Son las palabras con que continuamos en el camino del discipulado, cuando ante cada dificultad, por muy grande que parezca, decimos, «Padre, en tus manos». Son las palabras con que hemos de responder a cuanta oportunidad y a cuanta decisión se nos presentan: «Padre, en tus manos».

«Padre, en tus manos» es la herencia que Jesús nos ha dejado. «Padre, en tus manos», ha de ser nuestra oración ante todo trance. Y «Padre, en tus manos», será también nuestra paz ante el trance final, cuando como Jesús podamos decir: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu».

Oremos...

